

LA METODOLOGÍA HISTÓRICA Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Heraclio Bonilla*

De la misma manera como los fenómenos naturales han sido y son objeto de estudio por parte de las llamadas ciencias naturales, como la Biología o la Medicina, también los fenómenos y problemas sociales son estudiados por las llamadas ciencias sociales. Pero esta semejanza es sólo aparente y sigue siendo tema de muchas controversias.

Para comenzar, las ciencias sociales tienen un estatuto científico que está lejos de ser unánimemente compartido por todos aquellos que se dedican a su ejercicio. Por lo menos, no todas las ciencias sociales son pensadas como ciencias, y es el caso en particular de la historia, por razones que discutiré más adelante.

Las ciencias sociales engloban disciplinas como la Economía, la Sociología, la Antropología, la Ciencia Política, la Psicología, la Demografía y, por cierto, la Historia. Son ciencias sociales distintas por varias razones, pero sobre todo porque su objeto de estudio es una parte específica de ese vasto complejo que es la vida, pasada y presente, de los hombres en sociedad.

La división anterior, sin embargo, no está tampoco exenta de polémica. Se pregunta, no sin razón, si la vida en sociedad es una sola, ¿cómo se explica entonces que haya varias y distintas ciencias sociales? Esta no es una pregunta fácil de contestar, ni su respuesta satisface a todo el mundo y el único consenso aceptable es que esa división de las ciencias sociales no hace sino traducir una necesaria división académica del trabajo.

Necesaria, sin dejar de ser del todo *convencional*. En efecto, la vida en sociedad es una unidad y los papeles que los hombres desempeñan son a la vez económicos, sociales, políticos y culturales. Por lo mismo, toda fragmentación del conocimiento es arbitraria. De ahí la ambición, compartida aún por algunos, de construir y practicar una sola ciencia social, independientemente de su nombre, y cuya meta sería dar cuenta y explicar *la totalidad social*.

Sin embargo, esa ambición en el umbral del siglo XXI es sin duda desmedida. Y lo es por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque el conocimiento, *todo* conocimiento, avanza por la especialización cada vez más precisa de sus ramas. En

* Universidad Nacional de Colombia.

segundo lugar, porque es imposible hoy día que una persona conozca ya no todas las ciencias sociales, sino incluso conozca en profundidad las especializaciones de *cada una* de ellas.

Frente a esta dificultad, quienes todavía reclaman la presencia de una sola ciencia social, o la necesidad de perspectivas integradas, han sugerido la integración en el trabajo de investigación de varios expertos en ciencias sociales. Desafortunadamente los logros alcanzados en el marco de esta recomendación no han sido muy convincentes. La unidad de las ciencias sociales no puede obtenerse por la simple agregación ó yuxtaposición de disciplinas distintas, sino que se requiere *coherencia*, la cual es resultado a su vez de una teoría social homogénea.

Que sea imposible conocer todas las ciencias sociales, no quiere sin embargo decir que uno deba limitarse a la presentación de reflexiones y de análisis fragmentarios. En todo momento debe tenerse en cuenta que una determinada ciencia social constituye, por así decirlo, una puerta de ingreso *a sólo* una parte de esa realidad, y que esa realidad es más vasta y más compleja. Y que es indispensable, por lo mismo, saber que la parcela que uno estudia resulta de la interacción de las otras y que, a su vez, repercute en el comportamiento de las demás.

La otra especificidad que claramente distingue a las ciencias sociales de las así llamadas ciencias exactas y de la naturales, radica en la naturaleza de su conocimiento. Para decirlo gráficamente, un botánico interpone entre él y el objeto de su estudio (una planta cualquiera) un microscopio. En otras palabras, en las ciencias naturales existe una separación radical entre el sujeto que conoce y el objeto de conocimiento. En el caso de las ciencias sociales esto no es así: existe una identidad entre sujeto y objeto de conocimiento.

La identidad entre sujeto y objeto de conocimiento es la fuente de una serie de dilemas y dificultades y cuya discusión corresponde a la llamada *Sociología del conocimiento*. Aquí, por razones de espacio, quisiera evocar algunas de las más relevantes. Puesto que *un hombre*, en este caso el científico social, se dedica a conocer *otros hombres*, el primero, es decir el sujeto que conoce, no es inmune a una serie de determinaciones que condicionan su manera de conocer.

Por esos condicionamientos, por ejemplo, el científico social arrastrará consigo las exigencias de su generación, de su nacionalidad, de su clase social, de su género, de su religión. La revolución francesa de 1789 fue pensada de una manera por quienes la vivieron, de manera distinta por los hombres de la Comuna de París una centuria más tarde, y completamente diferente por quienes celebraron su bicentenario en 1989. Ni mejor, ni peor. Y no porque unos fueran más inteligentes que los otros.

Igualmente, es bien conocida la afirmación que diez Premios Nobel en

Economía difícilmente estarían de acuerdo tanto en el diagnóstico de un problema económico, como en su solución. Se trata de hombres muy distinguidos, todos ellos laureados, pero cuyas bases de desacuerdo yacen en las premisas y perspectivas distintas que comparten en términos teóricos, en filosofía política, en su visión del mundo.

Todo lo anterior puede resumirse en un corolario a propósito de problemas considerables en términos de conocimiento como son la verdad y la objetividad. En ciencias sociales, el estatuto de la verdad y de la objetividad tiene una naturaleza distinta al estatuto que esos conceptos revisten en las ciencias naturales. Siendo esa una situación irresuelta, la honestidad intelectual impone como mínimo que sus practicantes, es decir los científicos sociales, formulen de manera muy clara y explícita las premisas a partir de las cuales estudian un problema o formulan una reflexión.

La historia como disciplina

La historia comparte todas las dificultades anteriores, pese a que es la disciplina más antigua, cuyos orígenes se remontan a la antigüedad clásica si se piensa, por ejemplo, que Heródoto y Tucídides escribían ya libros de historia, no obstante que sus obras son distintas a las que se escriben hoy día bajo el nombre de historia. En ese sentido, bajo su concepción moderna, la historia como disciplina académica fue el producto de la segunda mitad del siglo XIX.

Pese a su antigüedad, sin embargo, es la menos precisa de todas ellas. En contraste con ciencias como la Economía y la Lingüística, por ejemplo, y en donde la formalización de los resultados de la investigación alcanzan niveles cada vez más altos, la historia como disciplina presenta diversos problemas a nivel conceptual y metodológico, y cuyas consecuencias deben ser discutidas con claridad para calibrar adecuadamente su papel en el desarrollo de la sociedad.

Para comenzar, es necesario destacar una ambigüedad. *Historia* es la misma palabra que a la vez designa una disciplina científica y el proceso de una sociedad. Pero en contraste con las otras disciplinas sociales, la Historia carece de un cuerpo conceptual propio. ¿Cuáles son, en efecto, los conceptos históricos?

Esta carencia puede visualizarse de múltiples maneras. En contraste con los textos introductorios a las otras ciencias sociales, donde el lector aprende los conceptos elementales que informan a la disciplina, los libros titulados *Introducción a la Historia*, cuando no son vagas generalidades acerca del derrotero de la humanidad, en el mejor de los casos son un cándido testimonio de la experiencia adquirida por el historiador en su trabajo.

Esto mismo explica también por qué en muchas universidades, en los departamentos especializados en la formación profesional de historiadores, los

curriculum están organizados secuencialmente, en orden cronológico, los cuales van, por ejemplo, desde la historia de la antigüedad hasta la historia contemporánea, y desde la historia prehispánica hasta la historia del Siglo XX de la América Latina, correspondiendo los últimos cursos a los niveles finales de la formación. No existe, sin embargo, ningún impedimento lógico (salvo el burocrático) para que un estudiante pueda iniciar su carrera tomando los cursos del último nivel, lo cual por cierto sería impensable en el aprendizaje de otras ciencias.

Esta situación no deja de tener profundas repercusiones negativas en el papel que en nuestras sociedades desempeñan los historiadores. La opinión pública no educada considera el trabajo de los historiadores como perfectamente inútil, juicio que el resultado del trabajo de muchos historiadores desafortunadamente a veces justifica.

El bagaje en la formación de muchos de los historiadores, en efecto, se reduce a la acumulación de información fáctica sobre el proceso histórico de sus *sociedades nacionales*, donde el *análisis* y el *por qué* están sistemáticamente excluidos, para no mencionar la muy tenue curiosidad por lo ocurrido en la historia de los países situados más allá de sus fronteras.

Esta profunda debilidad en la formación de los historiadores se reproduce cuando empieza la etapa de *producir* conocimientos, vertidos ya sea en monografías, artículos, o libros. Porque todavía en la práctica de la historia existe el arraigado convencimiento de que el historiador se forma en los archivos, leyendo papeles, y que *producir* conocimientos en este campo consiste básicamente en alinear información a lo largo de un eje temporal, sobre la base de un agrupamiento temático informado por el simple *sentido común*.

En algunos casos privilegiados puede ser efectivamente posible que la larga familiaridad con un *corpus* documental, asociado a una gran inteligencia y sensibilidad, termine produciendo importantes libros de historia. También en el ajedrez es seguramente posible que un jugador pueda dominarlo por la simple observación de cómo desplazan las piezas otros jugadores, o que un cocinero aprenda a preparar un potaje por la mera contemplación del trabajo de otro.

Nadie discutirá, sin embargo, que un conocimiento basado en estas premisas es profundamente débil y errático, y que es necesario sustituir ese tipo de prácticas por otras fundadas en teorías y metodologías más sólidas. Y es este el dilema que aún separa incluso a los historiadores más sólidos y solventes.

¿Es la historia, al final de cuentas, una disciplina científica o una parte de las humanidades? Si es lo último, sensibilidad, dedicación, sentido común, pueden en efecto ser suficientes para *describir el qué* y el *cómo* ocurrieron las cosas en el pasado, y para muchos historiadores es esa la agenda central de su disciplina.

En cambio, si la historia no debe limitarse al recuento del pasado, por importante

que éste sea, sino, y sobre todo, al análisis del *por qué* ocurren ciertos procesos, además de indagar por las razones de estabilidad y de cambio de las sociedades humanas, es claro que la formación y el conocimiento en historia deben estar sustentados dentro de un marco analítico más riguroso.

Este dilema no es en realidad muy nuevo. La historia moderna, como se señaló antes, empieza en la segunda mitad del siglo XIX, y su emergencia está asociada al trabajo de Leopold von Ranke y la escuela histórica Alemana. Ranke, en su tiempo, propuso que la historia para ser tal debía limitarse a describir tal y como eran las cosas (*wie es eigentlich gewesen*), es decir que el historiador en su trabajo debía despojarse de toda premisa, de todo presupuesto que sesgara su juicio.

La propuesta de Ranke en su momento fue verdaderamente importante. Reaccionando contra una historia recargada de presupuestos filosóficos y metafísicos, pudo en efecto conducir su trabajo y el de sus seguidores hacia la reconstrucción concreta del pasado europeo, y en particular de sus instituciones políticas, produciendo como resultado un gran avance en este tipo de conocimiento.

Pero las limitaciones de tal propuesta no tardaron en surgir, por razones que retrospectivamente son muy claras de identificar. Una de ellas, y la más importante, radica en el reconocimiento de que los hechos, los documentos, no hablan por sí mismos, sino que requieren ser interrogados por el historiador, quien por consiguiente tiene que jugar un papel activo.

La rebelión más abierta empezó en Francia, a finales de la década de los 20 del presente siglo. Tres notables historiadores, Marc Bloch (1886-1944), Lucien Febvre (1878-1956) y Fernand Braudel (1902-1985), agrupados en torno a la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale* empezaron la demolición sistemática de las bases de la historia que ellos llamaron de los acontecimientos, a la vez que emprendieron la construcción de esas cimas de la historiografía universal titulados *La sociedad feudal*, *Rabelais o el problema de la incredulidad en el siglo XVI*, y *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*.

¿Qué tipo de historia propugnaron quienes fundaron lo que después vino a llamarse, la Escuela de los Annales? Las líneas directrices de su pensamiento, expresadas de manera no sistemática en libros como *Introducción a la Historia* (Bloch), *Combates por la Historia* (Febvre), e *Historia y Ciencias Sociales* (Braudel) pueden resumirse en algunos planteamientos que gobernaron la manera de escribir la Historia hasta los comienzos de la década de los 70.

Para comenzar, el auténtico mot d'ordre del grupo: no hay Historia sin problema. Es decir, la necesidad de plantear una cuestión, un problema, una pregunta, que guiara la investigación. Se está aquí, por consiguiente, en las antípodas de una historia concebida como narración por la narración misma. En segundo lugar, la

desfetichización del documento escrito como única evidencia y el énfasis en que más bien todo tipo de registro humano constituye fuente histórica. En tercer lugar, el reclamo por el establecimiento de una alianza necesaria de la historia con las otras Ciencias Sociales. En cuarto lugar, el cuestionamiento de una práctica de la Historia como un refugio en el pasado, para dar paso a la reivindicación de una articulación permanente entre pasado y presente. En quinto lugar, la sustitución de los grandes hombres como objeto de análisis por los hechos y fenómenos de masa. Finalmente, el privilegio de la larga duración, de los fenómenos de estructura y de coyuntura, en lugar de la vieja obsesión por los tiempos cortos del episodio y de la política.

Estos hombres, Bloch, Febvre y Braudel, gracias a su talento y a sus obras, no tardaron mucho en conquistar los bastiones de la enseñanza universitaria en París, los centros de investigación, así como el control de una revista tan importante como los *Annales*. Bloch, con su enrolamiento y muerte dentro de las filas de la resistencia francesa contra los nazis, incluso añadía con su ejemplo una dimensión ética y moral a su enseñanza. Se prepararon así las bases para un magisterio intelectual indiscutible, y cuyos efectos trascendieron Francia para influir en la concepción de la historia en Europa, América Latina y los Estados Unidos.

Una historia/problema, por cierto. Pero ¿qué hacer, después? El campo casi exclusivo de especialización de los historiadores de la *Escuela* de los *Annales* fue el estudio de las sociedades y las economías de l'ancien régime, es decir sociedades y economías pre-capitalistas y donde, por lo mismo, el grado de autonomía de sus diferentes niveles es bastante pequeño, con una articulación recíproca mucho más profunda. En contraste, en los sistemas capitalistas la autonomía de sus niveles internos es lo suficientemente grande como para permitir la construcción de una teoría específica para cada nivel.

Si ese es el contexto, es por consiguiente explicable que una historia infermada muy débilmente por las ciencias sociales haya sido suficiente para explicar la estructura y el curso de estos sistemas pre-capitalistas. Lo que faltaba en rigor era ampliamente compensado por la sensibilidad, el talento y la gran cultura histórica de esos historiadores franceses. Pero incluso así, pocos negarán que la construcción científica de la historia requiere de bases mucho más rigurosas.

Estas dificultades iniciales rápidamente reveladas en los trabajos de la primera generación de los historiadores de los *Annales*, se acentuó aún más cuando las generaciones sucesivas abandonaron el terreno firme de la historia económica y social en que se ubicaron sus fundadores, para dedicarse de manera casi exclusiva a la práctica de la así llamada historia de las mentalidades.

Y no es que el estudio de la cultura, de las creencias y de las sensibilidades sea

en sí insignificante. No es difícil señalar experiencias históricas, en efecto, en que el ordenamiento y el funcionamiento de la economía puede ser explicado a partir de la constitución de la cultura y de los valores que imperan en una sociedad dada. Lo es, en cambio, el privilegio del análisis de las mentalidades con entera prescindencia de su basamento material, porque una historia practicada en esos términos corre el riesgo de derivar en la ilusión y en la ideología más cruda. O en la frivolidad, cuando los temas de estudio que se privilegian están regidos por el dudoso gusto del mercado de lectores.

Para volver a la cuestión planteada de qué hacer luego de la formulación de un problema, es necesario afirmar con contundencia que esa es una condición necesaria pero no suficiente para construir una historia/ciencia. Lo último requiere ir mucho más allá. Más allá, en el sentido de articular aquella pregunta con la teoría social relevante, a fin de saber qué es lo que dice sobre la cuestión planteada, para luego traducir sus propuestas en hipótesis y en variables. Por consiguiente, y dicho en otras palabras, la articulación de la historia con las ciencias sociales no puede sólo ser alusiva, sino el resultado de un proceso mucho más sistemático.

Es el trasfondo de esta dificultad lo que explica el considerable impacto que tuvo entre los historiadores la publicación en 1964 del libro de Robert W. Fogel, *Railroads and American Economic Growth*, destinado al examen del papel que tuvo el ferrocarril en el crecimiento de la economía norteamericana. Libro de historia económica escrito por un economista, y en el cual el razonamiento y la demostración estuvieron fundados en la teoría y en las técnicas de la economía convencional. Este libro, por lo mismo, así como los que se inscribieron dentro de la corriente de la *New Economic History*, fueron el resultado de una utilización más coherente de la teoría económica en el análisis de un problema del pasado norteamericano, lo cual lo hacía inmune al tipo de reproches levantados contra la historiografía de los Annales.

Sin embargo, y si bien el libro de Fogel ilustraba con mucha claridad todo el provecho que la historia podía obtener de un razonamiento teóricamente fundado, al mismo tiempo dejaba pendiente la solución de otro problema no menos importante. Y ese otro problema gira en torno a la pregunta: ¿qué tipo de teoría? En el caso de Fogel y de los así llamados *cliometristas*, la teoría utilizada para medir el desempeño del ferrocarril era la teoría económica neo clásica, la cual supone para una aplicación correcta la existencia de un conjunto de supuestos que son específicos para realidades determinadas. Entre esos supuestos figuran, por ejemplo, mercados eficientes y libre movilidad de factores, además de que el *corto plazo* se constituye en la dimensión temporal privilegiada del análisis. ¿Qué hacer cuando esos supuestos no concurren en otras realidades, o en otros tiempos?

En el caso de la Historia Social, para citar otro contexto problemático en términos de la articulación entre teoría y razonamiento histórico, la publicación en 1967

del libro de Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, demostraba igualmente la inmensa utilidad que la Historia Social y Política podían obtener de un análisis cuidadosamente fundado en la Teoría Social. Tan importante fue el impacto de ese libro que su aparición, al igual que aquellos escritos por Theda Skocpol sobre *El Estado y las Revoluciones* y Perry Anderson sobre *El Estado Absolutista*, terminó fundando una disciplina como la *Sociología Histórica*, en las fronteras mismas de la historia.

Hoy en día, para resumir esta larga y compleja trayectoria, resulta bastante claro que si la historia aspira al estatuto de ciencia social, pretensión que la mayoría de sus practicantes comparte, requiere de una articulación sistemática con la teoría social. Pero este reconocimiento está mediado por tres precauciones necesarias.

La historia no puede reducirse, en primer lugar, a ser un campo de aplicación adicional para la verificación de una teoría ó de un determinado modelo. Y si bien esa tarea puede ser legítima para economistas o para sociólogos, la agenda de la investigación histórica es más amplia y más compleja. Tampoco, para continuar, la teoría social debe ser concebida como una *caja de herramientas*, a disposición de la simple manipulación por parte de los historiadores. Finalmente, las teorías sociales existentes deben estar sometidas a una previa crítica, que no puede ser sino histórica, antes de su utilización.

En este último sentido no es tal vez innecesario recordar que la historia con vocación teórica surgió en parte también como reacción a las inadecuaciones e irrelevancias de las teorías existentes. Sería muy fácil, y erróneo, concluir a partir de esa constatación que *toda* teoría es inservible, y que en consecuencia no queda alternativa alguna que no sea el retorno a la historia narrativa. Por el contrario, la constatación de esa insuficiencia representa un reto adicional en el trabajo de los historiadores, en el sentido de que éstos no deben limitarse a la construcción de su información, sino que también deben construir, *al mismo tiempo*, la teoría adecuada que les permita la *lectura* de la realidad que deben explicar. Que esa no es una tarea imposible lo dice muy bien el libro del historiador polaco Witold Kula, *Teoría Económica del Sistema Feudal*.

Sólo así, y en el contexto de una realidad tan enigmática y tan compleja como lo es la América Latina, la historia, y los historiadores con ella, estarán a la altura de los desafíos existentes. Desafíos cuya naturaleza requiere un comentario final antes de concluir este capítulo.

La Historia y América Latina

El estructuralismo, incluso el más radical, tuvo completa razón al señalar, en contra de un ingenuo historicismo, que en ciertas coyunturas específicas el análisis de la estructura prevalece sobre el de la génesis de una estructura. Dicho de otro modo, que

no siempre es necesario reconstruir el proceso de todos los elementos de un sistema para dar cuenta de la inteligibilidad de este último. Aún admitida esa posibilidad, no es menos cierto que en una realidad como la latinoamericana, sólo el análisis histórico permite descifrar la lógica de esa peculiar yuxtaposición de fragmentos con historicidades distintas que albergan sus múltiples estructuras y, por lo mismo, orientar la exploración de su futuro posible.

América Latina, ha dicho con razón Leopoldo Zea, es un continente sin historia, porque aquí presente y pasado se confunden. En efecto, es esa *producción y reproducción* del pasado en el presente, la que constituye una de sus características más originales.

Su historia es un proceso claro de *yuxtaposición de parcelas* de realidad cuya racionalidad remite a temporalidades distintas, sin que la matriz histórica que las alberga haya logrado resolver esa heterogeneidad, otorgándole un tiempo y una unidad uniforme. Es a esa heterogeneidad a la que aludían metafóricamente tanto Víctor Raúl Haya de la Torre cuando escribía que en estos suelos estaban presentes, al mismo tiempo, todas las etapas de la historia tecnológica de la humanidad (desde el arado paleolítico hasta los modernos tractores para roturar la tierra), como José Carlos Mariátegui, cuando describía a la sociedad peruana como una malagua, sin forma y consistencia, como si quisiera llegar a ser algo, sin realmente conseguirlo. De una manera u otra, el debate de los años 70 sobre la *articulación* de los modos de producción igualmente aludía a este proceso, aunque el énfasis era puesto en la *funcionalidad* de esa articulación, más que en su discordancia.

Entender por qué los ordenamientos nuevos tienen la capacidad de destruir *parcialmente* al anterior, al mismo tiempo que no tienen la capacidad de reconstruir *orgánicamente* uno distinto, obedece a varias razones. En términos económicos, a la naturaleza inacabada de un sistema colonial y de un sistema capitalista. En términos sociales, a una heterogénea estructura de clases, en la cual la que dominaba se apoyaba segmentadamente sobre todas las demás. En términos políticos, por que el Estado, o la instancia política equivalente, nunca se separó de la sociedad, y muchas veces fue controlado por ésta, o delegó sus funciones, como en el caso de las comunidades campesinas. Evidentemente, el peso específico de cada uno de estos factores fue mutando en función de las diferentes coyunturas históricas por las que atravesaron estas sociedades, con el resultado preciso de que la *historia* de las mismas, en el sentido de proceso, es el producto de esta peculiar articulación de tiempos, cuya lógica probablemente esté ubicada en algún lugar del inconsciente colectivo.

Esa presencia del pasado en el presente, en los términos que se acaba de sugerir, puede detectarse en el terreno de la economía, de la sociedad y de la política. En el caso

de la primera, la economía, en el papel excepcional que tiene su sector externo. Poco importa si lo que se exporta son productos tradicionales (materias primas), bienes de consumo donde el insumo, que es su ventaja comparativa, está representado por el extremado bajo costo de la mano de obra. El hecho decisivo es que ese sector modela el conjunto de sus economías, y que se perciba como un proceso natural la subordinación permanente de estas economías en el mercado internacional.

En el terreno social, el peso decisivo de la dimensión étnica en la estratificación y segmentación de la sociedad, otorga al ordenamiento de sus clases una connotación muy peculiar. Esta fractura, por otra parte, hace que sus partes tengan historias con tiempos distintos, mientras que los grupos que la integran muestran comportamientos que obedecen a racionalidades excluyentes. Las ciencias sociales de añoranza neo-indigenista han saludado, probablemente con razón, la pervivencia de los grupos indígenas, pero han sido muy renuentes a discutir por qué subsisten esos arcaísmos, privándose de esa manera de una entrada inteligible a la explicación de ese pasado que se reproduce.

En el terreno de la cultura política, estos países se caracterizan por una reproducción permanente de sistemas y patrones de comportamiento poco compatibles con aquello que los libros de texto prescriben para las sociedades modernas. En parte, porque la tradición autoritaria y patrimonial no fue barrida del escenario como consecuencia del arribo del liberalismo.

Pero también, porque ese autoritarismo y ese patrimonialismo generaron marcos de protección a las clases populares, algunos de cuyos segmentos pudieron avanzar sus intereses en medio de la tortuosidad de esos caminos.

El análisis de este laberinto es histórico, pero sólo en la medida en que se pueda de-construirlo, a fin de mostrar las racionalidades históricas específicas de cada segmento. Por lo demás, basta una observación inteligente, desde el presente, como lo intentara Roger Bartra para México, en *La jaula de la melancolía*.

El planteamiento que se acaba de hacer acerca de la historia, como disciplina y como profesión, debe servir no sólo para reflexión de los historiadores, sino de toda aquella persona educada que comparta la convicción del papel que juega la reflexión histórica en el cuestionamiento de las ideologías dominantes. Y es el caso, en particular, de los comunicadores sociales.

Se ha señalado ya, que la historia moderna ha cancelado la idea tradicional de que sólo con documentos escritos se construye la historia, para reconocer, más bien, que todo registro humano tiene el carácter de evidencia. Este reconocimiento es de gran trascendencia para vastas áreas culturales de la América Latina, cuyos pueblos serían despojados de su historia si prevaleciera la idea tradicional. La escritura, en las Américas, aparece en 1492, y la historia de estas sociedades tiene por lo menos unos treinta milenios de antigüedad.

Como evidencias, ellas son múltiples. Los pueblos ágrafos, o los pueblos cuya historia les fue escamoteada sistemáticamente por una historiografía que privilegiaba a las élites, almacenaron su historia en su memoria y en su recuerdo. Y esta se expresa, por ejemplo, en mitos, en leyendas, en rituales, que están lejos de interesar sólo a los folkloristas como lo demuestran los análisis modernos de la Antropología y de la historia oral y simbólica.

Todavía hoy, en el Oruro boliviano con ocasión de las fiestas del Carnaval, en el pueblo entero en sus danzas recrea el drama de la conquista española, pero donde los papeles históricos de los principales son invertidos: es Pizarro el ajusticiado, y Atahualpa el conquistador. Este trastrocamiento no es ciertamente gratuito. Dice muy bien del profundo trauma que significó la conquista en su memoria colectiva, y a la vez señala los recursos inventados para esperar y para sobrevivir.

También en muchas regiones rurales de Bolivia, los domingos en las plazas de sus pueblos se siguen reuniendo, como en el lejano pasado colonial, grupos de campesinos en la espera de ser reclutados como parte de los *tercios* de la mita minera para Potosí, rememorando de esa manera el antiguo pacto colonial establecido entre esos pueblos y el Estado para garantizar el acceso de sus recursos a cambio de la cesión temporal de su fuerza de trabajo.

En términos simbólicos, igualmente, es bien conocida la difusión en los Andes del mito de *Inkarí*, según el cual la cabeza del Inka decapitado se hunde en la tierra para reaparecer en el momento de la liberación. Es significativo que este mito exista sobre todo entre los campesinos de comunidades libres, mientras que no se expresa de esa manera entre los campesinos siervos de hacienda. Su registro, otra vez, permite identificar una visión histórica alternativa entre los dominados, y las diferencias que al mismo tiempo presenta esa visión según la diferenciación social existente entre los campesinos.

Y cuando se habla de una historia a partir de documentos escritos, es igualmente pertinente recordar que muchos pueblos conservan celosamente papeles de tiempos de la colonia, celosamente custodiados por el enorme valor simbólico que se asigna a la vez a la escritura y al documento oficial como garantía en la posesión de sus recursos y en el reconocimiento de su identidad social. Por mucho tiempo, este tipo de documentos fueron soslayados e ignorados por la historia oficial.

Pero no se trata solo de reconocer, buscar y ampliar cada vez más los registros que permitan la reconstrucción alternativa de una historia popular. Quienes trabajan en comunicación social deben, también, enlazar estas tradiciones e historias del pueblo con las tendencias y los dramas de la sociedad en su conjunto. Para que la historia exista, no necesita ser escrita por un historiador profesional.

A su manera, cada pueblo tiene su historia, a condición de saber escucharla y de comprenderla. Los ancianos, en particular, registran en su memoria la visión histórica de su pueblo, y en la cual las distorsiones introducidas son profundamente significativas. Pero no sólo ellos. Al lado de los rituales ya mencionados, los fotografías del pueblo conservan testimonios gráficos de las coyunturas más relevantes en la historia local, donde importa analizar no sólo sus contenidos explícitos, sino también sus silencios. Si tiene aún validez el viejo adagio de que los pueblos que no hacen la historia toman su revancha escribiéndola, evidencias como las mencionadas más arriba debieran ser objeto de una particular atención y lectura por quienes han hecho de la comunicación una profesión.

Pero eso no es todo. La historia hasta hoy es sobre todo un instrumento de dominación, en el sentido preciso de la legitimación del orden constituido. La crítica de sus enunciados, por lo mismo, es una tarea que no puede soslayarse a fin de discriminar verdad e ideología, como una etapa necesaria en la construcción de una visión y de una memoria histórica más ajustada a la realidad. Esta tarea es tanto más fácil de emprender cuando hombres y mujeres no se reconocen en las historias oficiales, y cuando su experiencia en la construcción de una realidad es sistemáticamente ocultada. La práctica de una *micro-historia*, de una *historia desde abajo*, de una historia como *crítica* y cuestiona miento, es un campo enteramente abierto a los comunicadores sociales. A condición de que articulen esa tarea con las premisas de una historia *razonada* y *razonable*

Historia de las mentalidades (otra forma de hacer y escribir historia)

Se ha señalado en los apartados anteriores que la década de los 30 del presente siglo constituyó una etapa crucial en el desarrollo de la Historia como disciplina científica. En efecto, la creación en 1929 de la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale* por Marc Bloch y Lucien Febvre, señalaba el inicio de una vigorosa reacción contra la historia de raigambre positivista del pasado, al postular una historia que se concentrara en los hechos de masa, en las estructuras y en la larga duración. Su influencia y su imperio trascendieron las fronteras de Francia y se consolidaron con la publicación de obras maestras como *La sociedad feudal* de Marc Bloch, *Rabelais o el problema de la incredulidad* de Lucien Febvre, y *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II* de Fernand Braudel.

Esta nueva perspectiva en la construcción del conocimiento en historia estuvo anclada en la Geografía, como consecuencia de la organización de la enseñanza universitaria en Francia, donde Historia y Geografía se enseñaban de manera conjunta, y como consecuencia de la enorme influencia del geógrafo Vidal de la Blache. Pero también, como el título de la revista lo reconocía, por la Economía y la Sociología. De

hecho, la construcción de la *larga duración*, implicaba el análisis del basamento económico y social de las sociedades.

En la medida en que la historiografía de los *Annales* se concentraba sobre todo en el estudio de las sociedades del *antiguo régimen*, es decir de sociedades y economías pre-capitalistas, donde la fusión entre la economía y la sociedad, así como con las otras dimensiones de la realidad, era más profunda que la que existe en el capitalismo, el componente económico y social en este tipo de análisis no requería de mayor sofisticación conceptual ni instrumental. Tal vez por eso no sea una casualidad que la Escuela de los Annales no haya producido un libro que tenga la altura de los mencionados para la Francia de los siglos XIX y XX.

Con la complejidad y la especialización creciente de la investigación histórica, resultaba bastante evidente los límites que presentaba una aproximación como la de los Annales en estudios cada vez más especializados de Historia Económica o de Historia Social. Y fue en el marco de estas dificultades cuando surge la propuesta de la *cliometría* y de la *Nueva Historia Económica* impulsada desde Chicago, en la década de los 60, por Robert Fogel y sus alumnos. Esta vez, esa Historia Económica era escrita por economistas, quienes por su formación profesional pudieron utilizar en el análisis del pasado perspectivas e instrumentos más finos de la teoría económica, particularmente en su versión más convencional.

El resultado de este asalto, desde la economía, fue muy complejo y es todavía muy reciente para calibrarlo con precisión. El hecho es que los historiadores, con una formación más clásica en ciencias humanas, resultaron no sólo intimidados ante la producción de libros y artículos con un denso contenido de teoría económica, sino que su falta de entrenamiento en matemáticas avanzadas, econometría, técnicas de regresión, hizo que incluso no pudieran leer lo que tenían ante sus ojos. Para decirlo rápidamente, el resultado fue una bifurcación, y en la cual más y más la historia económica era escrita por economistas, mientras que los historiadores eran arrinconados en los campos más tradicionales de la historia, donde la sofisticación analítica no había llegado todavía.

Esta situación reviste serios riesgos. En primer lugar, porque el interés de los economistas por la historia no siempre es el mismo que el interés de los historiadores. Muchas veces, los primeros buscan en la historia, es decir en otras experiencias temporales, un espacio adicional para verificar la pertinencia de una teoría o la validez de un modelo. Los historiadores, en cambio, están sobre todo interesados por indagar las razones de cambio y estabilidad de las sociedades humanas. Pero el alejamiento de los historiadores del terreno económico y social implicó, a su vez, que sus análisis revistieran una gran superficialidad, en la medida en que el tratamiento de la dimensión cultural e ideológica de una sociedad es realizado con prescindencia de su

enraizamiento económico y social.

De la Economía a las mentalidades

Sería injusto, no obstante, vincular la emergencia y la popularidad actual de la *historia de las mentalidades* como una de las disciplinas históricas recientes, a las peripecias descritas con la historia económica y social. En efecto, el mismo Lucien Febvre, antes de escribir el libro sobre Rabelais, había ya escrito *Histoire et psychologie* (1938), *Comment constituer la vie affective d'autrefois? La sensibilité et l'Histoire* (1941), *Sorcellerie, sottise ou révolution mentale* (1948), *Histoire des sentiments. La terreur* (1951), *Pour l'histoire d'un sentiment: le besoin et sécurité* (1956), es decir, un conjunto de trabajos cuyos temas constituyen una parte central de las preocupaciones de este nuevo tipo de historia. Lo mismo puede decirse del trabajo pionero de George Duby *L'histoire des mentalités* (1961). Y es que la inflexión hacia la historia de las mentalidades le también el resultado de dos razones complementarias.

La primera tiene que ver con la *construcción* de la sociedad y con la *explicación* de su funcionamiento, es decir con la teoría. Si se asume en toda su fuerza la afirmación de que los hombres no se contentan con vivir n sociedad, sino que producen sociedad para vivir, es decir que las sociedades son también el resultado de una construcción social, es importante pensar con profundidad sobre la naturaleza de esta construcción y sobre la articulación interna de los diferentes niveles que la integran.

En la reflexión marxista es bien conocida la distinción entre infraestructura y superestructura, pese a que los conceptos originales *Grundlage* y *Uberbau* empleados por Marx no corresponden adecuadamente a esta traducción convencional. El *Uberbau* es la construcción, el edificio de cada sociedad, que se eleva sobre pilares, *Grundlage*. Como señala Godelier en su libro *L'idéal et le matériel* es en la casa en que se vive y no en los pilares, de modo tal que una traducción más correcta hubiera tal vez evitado reducir la superestructura a una realidad empobrecida. En cualquier caso, en esta oposición de carácter metafórico radica la fuente de muchas confusiones, de muchos debates y cuyo resultado final aún está lejos de establecerse.

Durante mucho tiempo, como resultado del congelamiento impuesto por el estalinismo sobre la investigación y la reflexión marxista, era en efecto un lugar común afirmar la primacía de la infraestructura. Y de sostener, como corolario, que la superestructura, es decir todo aquello que no correspondía al orden material de una sociedad, era un epifenómeno, un resultado, un reflejo de la infraestructura.

La crudeza del enunciado anterior hizo que no resistiera el menor análisis, una vez que la indagación libre de sus premisas fue posible. Se intentó resolver el impasse proponiendo la articulación dialéctica entre infraestructura y superestructura, pero esta solución de compromiso era a la vez poco satisfactoria.

En segundo lugar, es posible ahora postular, bajos ciertos contextos, como resultado de las investigaciones marxistas en el terreno de la cultura, y de los avances de las investigaciones en Antropología y en la Historia de la Antigüedad y de la Edad Media, el reconocimiento pleno del orden ideal, incluso la preeminencia de la superestructura en el ordenamiento del conjunto de la totalidad social. Como también reconocer el reclamo de historiadores como Lawrence Stone quien en su conocido artículo *The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History* (1979), cuestionaba la rigidez de los análisis históricos informados por las ciencias sociales, y reclamaba el rescate de enfoques más históricos. Tal reconocimiento fue decisivo para que la práctica de la *Historia de las Mentalidades* adquiriera la solvencia y la popularidad que ahora tiene.

La agenda de investigación en la historia de las mentalidades

La historia de las mentalidades se interesa, como su nombre lo sugiere, por todos aquellos fenómenos que hacen parte de la cultura, de los sentimientos, de las sensibilidades de una colectividad. Su definición, por lo mismo, no es todo lo rigurosa que sería deseable, como lo reconoce Jacques Le Goff en su libro *Las mentalidades. Una historia ambigua* (París, 1974). En todo caso, hacen parte de sus preocupaciones procesos e instituciones que habitualmente el historiador de la economía o de la sociedad desdeña.

En 1991 Georges Duby publicó bajo el título de *L'histoire continue* un conjunto de reflexiones sobre el sentido de su trabajo como historiador. La definición que ofrece de la historia de las mentalidades no es más precisa, pero es de gran ayuda al lector que desea entender el *por qué* y el *para qué* de la historia de las mentalidades. Duby escribe:

*Ya no empleo la palabra mentalidad. No era satisfactoria y no tardaríamos en damos cuenta de ello. Pero entonces, a finales de los años cincuenta, nos venía muy bien, por sus debilidades, por su propia imprecisión para designar la **terra incógnita** que invitábamos a los historiadores a explorar con nosotros, cuyos límites y topografía aún no conocíamos. ¿De qué se trataba en realidad? De franquear al umbral con que tropieza el estudio de las sociedades del pasado cuando se limita a considerar los factores materiales: la producción, las técnicas, la población, los intercambios. Sentíamos la necesidad urgente de ir más allá, del lado de esas fuerzas cuya sede no está en las cosas sino en la idea que uno se hace y que en realidad gobierna imperiosamente la organización y el destino de los grupos humanos (Duby, 1992: 98).*

Luego de diseñar su ámbito, son importantes también las precisiones complementarias que establece, al escribir:

Sin embargo y ése era el segundo de nuestros principios- no estábamos interesados en el individuo. Obligados, por supuesto, a menudo, a comprender qué queríamos conseguir con una determinada personalidad, nos esforzábamos por extraer de sus

pensamientos lo singular. Dado que no aceptábamos separarla de su cuerpo, tampoco consentíamos que se aislase a ese individuo del cuerpo social al que pertenecía. Por mentalidades entendíamos el conjunto borroso de imágenes y de certezas no razonadas, al cual se refieren todos los miembros de un mismo grupo. Pedíamos que la observación se concentrara sobre ese fondo común, ese núcleo por debajo de lo que cada uno podía imaginar y decidir. Sin embargo, nos pusimos en guardia, a pesar del uso que de él hacía el gran historiador de lo sagrado que fue Alphonse Dupront, contra el concepto de inconsciente colectivo, falaz a nuestro parecer. En efecto, no hay inconsciente sino en relación con una conciencia, es decir, una persona. Ahora bien, nosotros no intentábamos reconocer lo que cada persona accidentalmente tiene reprimido fuera de lo consciente, sino ese magma confuso de presunciones heredadas a las que hace referencia en todo momento sin darse cuenta, sin desecharlo de su mente (Duby, 1992: 100).

En el tercer tomo del libro *Faire de l'histoire*, editado en 1974 por Pierre Nora y Jacques Le Goff, se publican como ejemplos de historia de las mentalidades los trabajos de Jean Claude Chevalier, *La Lengua. Lingüística e Historia*; de Roger Chartier y Daniel Roche, *El libro. Un cambio de perspectiva*; de Pierre Vidal-Naquet, *Los jóvenes. Crudo, niño griego y cocido*; de Jacques Revel y Jean-Pierre Peter, *El cuerpo. El hombre enfermo y su historia*; de Jean-Paul Aron, *La cocina. Un menú en el siglo XIX*; de Jacques Ozouf, *La opinión pública. Apología de los sondeos*; de Marc Ferro, *El cine. ¿Un contranálisis de la sociedad?*; y de Mona Ozouf, *La fiesta bajo la Revolución Francesa*. Dos décadas más tarde, el repertorio temático es ciertamente más variado, pues incluye como sujetos de análisis la muerte, la locura, los olores, la criminalidad, el ocio, etc.

Por los temas que constituyen la agenda de las investigaciones en la historia de las mentalidades es posible detectar el fuerte impacto que tuvo y tiene la Antropología y la Psicología en este tipo de historia. Sobre todo la primera dada la centralidad de la cultura en la investigación antropológica. En efecto, tanto Le Roi Ladurie, como Duby y Le Goff, para mencionar a los tres mejores especialistas franceses en este campo, han reconocido explícitamente la deuda y la inspiración recibida de las investigaciones antropológicas, en las cuales la preocupación por el universo simbólico, los ritos, el mundo sobrenatural tiene una arraigada tradición. También el impacto de la Psicología ha sido importante, pese a las dificultades técnicas que plantea la utilización de esta disciplina en el estudio del pasado, y cuando es imposible acceder al testimonio directo de los informantes.

La historia de las mentalidades y el problema de las fuentes

Jacques Le Goff, en el artículo ya citado, declara que todo es fuente para el historiador de las mentalidades. Pero luego, de manera más precisa, escribe:

Están primero los documentos que atestiguan estos sentimientos, estos

comportamientos paroxísticos o marginales que, por su separación aclaran la mentalidad común. Por no salir de la Edad Media, la hagiografía pone de manifiesto estructuras mentales de base: la permeabilidad entre el mundo sensible y el mundo sobrenatural, la identidad de naturaleza entre lo corporal y lo psíquico -de ahí la posibilidad del milagro y, más generalmente, de lo maravilloso-. La marginalidad del santo reveladora del fondo de las cosas tiene por corolario la marginalidad ejemplar también de los diabólicos: posesos, herejes, criminales. De ahí el carácter de documento privilegiado de todo cuanto da acceso a estos testigos: confesiones de herejes y procesos de inquisición, cartas de remisión otorgada; a criminales que detallan sus entuertos, documentos judiciales y más generalmente monumentos de la represión.

Otra categoría de fuentes privilegiadas, la constituyen los documentos literarios y artísticos. Historia, no de los fenómenos 'objetivos', sino de la representación de estos fenómenos, la historia de las mentalidades se alimenta naturalmente de los documentos de lo imaginario. Huizinga en su célebre Otoño de la Edad Media, mostró todo cuanto la utilización de textos literarios (es la fuerza y la debilidad del libro) puede aportar al conocimiento de la sensibilidad y de la mentalidad de una época. Pero la literatura y el arte vehiculan formas y temas venidos de un pasado que no es forzosamente el de la conciencia colectiva (Le Goff, 1974: s.p.).

Una de las fuentes privilegiadas en estudios de problemas vinculados con la historia social lo constituyen los testamentos. La lectura y el análisis de este tipo de fuentes permite, por ejemplo, conocer el proceso de concentración y acumulación de la riqueza a través de generaciones familiares, a través del estudio de los recursos transmitidos por herencia. También el estudio transversal de las vinculaciones familiares del difunto permite acercarse al conocimiento de la movilidad social de la familia y de los mecanismos de ascenso y de descenso social.

Pero el historiador de las mentalidades someterá a otro tipo de lectura y de análisis a estos testamentos. Así, estará interesado, por ejemplo, en los extensos exordios del que testa, en la medida en que esos textos permiten conocer la visión del más allá que una sociedad tiene. Esa misma lectura proporcionará indicios valiosos acerca de los juicios sobre su vida y su desempeño, y de la manera en que este balance concuerda o se separa de los estándares sociales. De la misma manera, conocer como se distribuyen sus bienes en herencia permitirá al historiador de las mentalidades indagar sobre la naturaleza de la unidad familiar y el peso específico de cada uno de sus miembros dentro de ella.

Dentro de un plano más macro, algunas de las características de la historiografía andina contemporánea permite encontrar otro ejemplo de la utilidad de este tipo de historia. De manera casi simultánea, a mediados de la década de los 80, Alberto Flores-Galindo y Manuel Burga, publicaron en Lima sendos libros titulados *Buscando un Inca* y *La Utopía Andina*, donde sugirieron que tanto en el período contemporáneo como en el período colonial existe una peculiar memoria colectiva, enraizada en el pasado histórico de los pueblos andinos, y que es la que sustenta la esperanza y alienta sus reivindicaciones por un futuro distinto. Burga ha sugerido que esta memoria se cristaliza

en el siglo XVII y es la que impulsa las grandes rebeliones del siglo XVIII, mientras que Flores-Galindo, actualizando la propuesta que formulara José Carlos Mariátegui a fines de la década de los veinte, postula que la fusión de ese mito ancestral con el socialismo moderno es la que galvaniza a las masas y dota de un fulminante a sus movilizaciones. Las fuentes de estas propuestas lo constituyen la praxis misma de los movimientos, los sueños de sus participantes, los mitos de carácter milenario, los procesos de los acusados.

Para un contexto diferente, para el de la Europa Medieval, Jacques Le Goff en *La naissance du purgatoire* (París, Gallimard, 1981) demostró que a fines del siglo XII surge la palabra purgatorio, apareciendo un tercer lugar en el mundo del más allá, además del paraíso y del infierno, Fue, dice el autor, el resultado de una revolución mental y social que sustituye a los sistemas dualistas por sistemas que hacen intervenir la noción de intermediación. Este brillante estudio se basó en el análisis de los textos de los grandes teólogos, de escritos de compiladores.

La utilidad y los riesgos de la historia de las mentalidades

Frente a una historia crudamente materialista, que intentaba y que procura deducir los hechos y los procesos de la cultura del ordenamiento económico de una sociedad, la historia de las mentalidades con su énfasis sobre la autonomía de la cultura y sus propuestas de la importancia que tiene el estudio de la misma en la investigación de la totalidad social, es ciertamente sugerente. Los ejemplos detallados en el apartado anterior me parecen evidencias bastante elocuentes de esa relevancia.

En 1976 Carlo Ginzburg publicó *Il Formaggio e i Vermi. Il Cosmo di un Mugnaio del Cinquecento*, donde explora el mundo espiritual de un molinero llamado Domenico Scandella, el ya famoso de Menocchio, nacido en 1532 y vecino de Friuli en el noreste de Italia, quien luego de complicaciones con la Inquisición fue ejecutado hacia 1600. Acusado de herejía, al ser interrogado por sus lecturas, Menocchio mencionó varias narraciones de la Biblia, libros de viaje, crónicas, es decir el tipo de textos que era frecuente encontrar en las bibliotecas de los poderosos. Pero el propósito de Ginzburg fue demostrar que la cultura de Menocchio no estuvo sólo nutrida por los mensajes del orden social de su época, sino que el contenido del material leído fue transformado por una visión radicalmente no cristiana del mundo. En un procedimiento no distinto al adoptado por los indios de América frente a los catecismos que les eran presentados.

Textos como el de Ginzburg son particularmente importantes en el campo de la historia de las mentalidades, porque muestran de manera persuasiva que el utillaje mental de una época, para utilizar la expresión conocida de Lucien Febvre al referirse a

la mentalidad de una época, no es ni uniforme ni compartido de la misma manera por todos los grupos de una sociedad. De manera más precisa, las mentalidades de las clases populares tienen una gran autonomía y un perfil propio, y no pueden ser asimiladas a los componentes de las mentalidades de las clases dominantes.

Coexisten muchas veces lado a lado, y su investigación y conocimiento tiene que acudir, por lo mismo, a estrategias y fuentes muy distintas. Las implicancias prácticas de esta situación deben tenerse en cuenta, si se quiere calibrar con rigor los mensajes que vehiculan los grupos populares cuando se comunican entre sí, o con los grupos dominantes de una sociedad.

Pese a toda la importancia que tiene la *historia de las mentalidades*, como un campo reciente de especialización de la historia, es importante señalar dos riesgos implicados en su práctica. Se ha mencionado ya, en la pluma de sus mejores cultores, su profunda *ambigüedad*. Por *ambigüedad* debe entenderse la falta de rigor en los conceptos que utiliza, en los mecanismos de control de las fuentes, en las dificultades asociadas a la verificación de las propuestas. Pero el riesgo mayor, con todo, resulta cuando se la practica con entera prescindencia del entorno social y material en el cual estas *mentalidades* se encuadran. Un descuido de esta naturaleza implica el grave problema de reproducir el viejo *idealismo* y reducir el enorme potencial que contiene la historia de las mentalidades a una deplorable *frivolidad*.

Obras citadas

ANDERSON Perry (1979). *El estado absolutista*. Madrid, Siglo Veintiuno Ed., 592 p.

(Traducción de Santos Juliá).

ARON Jean Paul (c. 1975.) *Mangeur du XIXe The art of eating in France: manners and menus in the nineteenth century siècle*. New York, Harper & Row, 249 p.

(Translated from the French by Nina Rootes).

BARTRA Roger (2002). *La jaula de la melancolía*. México, Ediciones Sin Nombre, Consejo Nacional para la cultura y las Artes.

BLOCH Marc (1968). *La Société féodale*. Paris, A. Michel, 704 p.

BLOCH Marc Léopold Benjamin (1958). *La sociedad feudal: las clases y el gobierno de los hombres*. México, Uteha. (Traducción al español por Eduardo Ripoll Perello).

BLOCH Marc Léopold Benjamin (1975). *Introducción a la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 169 p. (Traducción de Pablo González Casanova y Max Aub).

- BRAUDEL Fernand (1953). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. (Traducción de Mario Monteforte Toledo y Wenceslao Roces).
- BRAUDEL Fernand (1986). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Editorial Alianza, 222 p. (traductora Josefina Gómez Mendoza).
- BURGA Manuel (1988). *Nacimiento de una utopía: muerte y resurrección de los Incas*. Lima, Perú, Instituto de Apoyo Agrario, 428 p.
- CHARTIER Roger, DUBY Georges, FEBVRE Lucien, FRANCASTEL Pierre, et al. (1987). *La sensibilité dans l'histoire*. Saint-Pierre-de-Salerne, G. Monfort, Clamecy, Impr. Laballery, 183 p.
- CHARTIER Roger, ROCHE Daniel (1980). "El libro. Un cambio de perspectiva". LE GOFF Jacques y NORA Pierre (Coords.). *Hacer la Historia. Nuevos temas*. Barcelona, Editorial Laia, Vol. III, s/p.
- CHEVALIER Jean Claude (1980). "La Lengua. Lingüística e Historia". LE GOFF Jacques, NORA Pierre (Coords.). *Hacer la Historia. Nuevos temas*. Barcelona, Editorial Laia, Vol. III, s/p.
- DUBY Georges (1961). "Histoire des mentalités". DUBY Georges. *L'Histoire et ses méthodes*. Paris, Encyclopédie de la Pléiade, pp. 937-966.
- DUBY Georges (1992). *L'histoire continue*. Paris, Éd. Corps 16, 220 p.
- FEBVRE Lucien Paul Víctor (1938). *Histoire et psychologie*. Encyclopédie Française, t. VIII.
- FEBVRE Lucien Paul Víctor (1948). "Sorcellerie, sottise ou révolution mentale". *Annales ESC*, año 3
- FEBVRE Lucien Paul Víctor (1951). "Histoire des sentiments. La terreur". *Annales*.
- FEBVRE Lucien Paul Víctor (1959). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI; La religión de Rabelais*. México, Uteha. (Traducción al español, notas adicionales y suplemento a la bibliografía, por José Almoína).
- FEBVRE Lucien Paul Víctor (1986). *Combates por la historia*. Barcelona, Editorial Ariel, 245 p. (Traducción de Francisco J. Fernández Buey, Enrique Argullo).
- FEBVRE Lucien Paul Víctor (Primera edición 1942,1968). *Le Problème de l'incroyance au XVIe siècle, la religion de Rabelais*. Paris, A. Michel, 512 p.
- FERRO Marc (c. 2003). *Cinéma, une vision de l'histoire*. Paris?, Chêne, 163, [5] p.
- FLORES GALINDO Alberto (1988). *Buscando un Inca*. Lima, Ed. Horizonte, 436 p.

- FOGEL Robert William (1970). *Railroads and American economic growth*. Baltimore, London, Johns Hopkins press, 296 p.
- GINZBURG Carlo (1976). *Il Formaggio e i Vermi. Il Cosmo di un Mugnaio del Cinquecento*. Einaudi.
- GODELIER Maurice (1984). *L'Idéal et le matériel*. Paris, Fayard, 348 p.
- KULA Witold (1974). *Teoría económica del sistema feudal*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 239 p. (Traducción de Estanislao J. Zembrzuski ; Revisor Reyna Pastor de Togneri).
- LE GOFF Jacques (1974). "Las mentalidades: una historia ambigua". LE GOFF Jacques, NORA Pierre (Coords.). *Hacer la Historia. Nuevos temas*. Barcelona, Editorial Laia, Vol. III, s/p.
- LE GOFF Jacques, NORA Pierre (1985). *Hacer la historia*. Barcelona, Editorial Laia, 3 v. (Traducción de Jem Cabanes).
- MOORE Barrington (1967). *Social origins of dictatorship and democracy: lord and peasant in the making of the modern world*. Boston, Beacon Press, 559 p.
- OZOUF Jacques (1980). "La opinión pública: Apología de los sondeos". LE GOFF Jacques, NORA Pierre (Coords.). *Hacer la Historia. Nuevos temas*. Barcelona, Editorial Laia, Vol. III, s/p.
- PETER Jean-Pierre (1980). "El cuerpo. El hombre enfermo y su historia". LE GOFF Jacques, NORA Pierre (Coords.). *Hacer la Historia. Nuevos temas*. Barcelona, Editorial Laia, Vol. III, s/p.
- SKOCPOL Theda (1984). *Los estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*. México, Fondo de Cultura Económica, 500 p. (Traducción de Juan José Utrilla).
- STONE Lawrence (1979). "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History". *Past & Present* 85: 15. 63. pp. 3-24.
- VIDAL-NAQUET Pierre (1980). "Los jóvenes. Crudo, niño griego y cocido". LE GOFF Jacques y NORA Pierre (Coords.). *Hacer la Historia. Nuevos temas*. Barcelona, Editorial Laia, Vol. III, s/p.